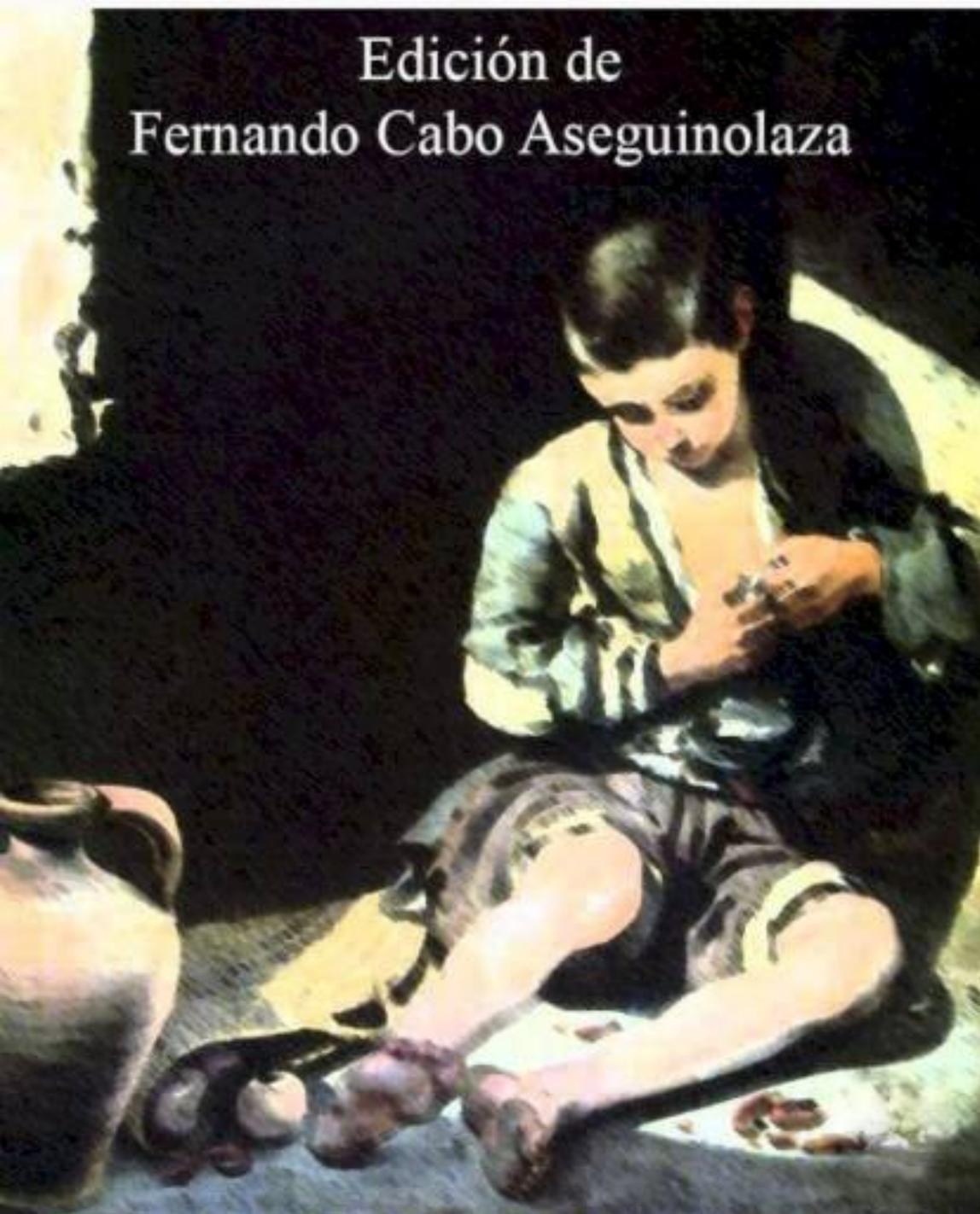


Francisco de Quevedo

LA VIDA DEL BUSCÓN

Edición de
Fernando Cabo Aseguinolaza



Hubo grandes diferencias entre mis padres sobre a quién había que imitar en el oficio, mas yo, que siempre tuve pensamientos de caballeros desde chiquito, nunca me apliqué a uno ni a otro. Decíame mi padre; «Hijo, esto de ser ladrón no es arte mecánica, sino liberal». Y de allí a un rato, habiendo suspirado, decía: «De manos. Quien no hurta en el mundo, no vive. ¿Por qué piensas que los alguaciles y jueces nos aborrecen tanto: unas veces nos destierran, otras nos azotan y otras nos cuelgan? No lo puedo decir sin lágrima —lloraba como un niño el buen viejo, acordándose de las que le habían batanado las costillas—: porque no querrían que, donde están, hubiese otros ladrones sino ellos y sus ministros».

Las andanzas de Pablos de Segovia constituyen una de las cimas de la novela picaresca española, así como una de sus realizaciones más personales. Aunque Francisco de Quevedo (Madrid, 1580 - Villanueva de los Infantes, 1645) se acogió en esta obra de juventud al patrón narrativo del Lazarillo y el Guzmán de Alfarache, la autobiografía de un personaje sin honra y de baja extracción social le interesó menos en sí misma que como espacio idóneo para dar rienda suelta a su ingenio. De Quevedo afirmó su primer biógrafo que «en cuanto escribió, quiso singularizarse», y buena prueba es esta novela, que, más allá del género al que pertenece, resulta una completa miscelánea burlesca, en la que se dan cita las principales tradiciones cómicas del Quinientos (desde las jácaras a los cuentos folclóricos, pasando por las faccias y los apotegmas), aderezadas con la prodigiosa agudeza verbal del autor y con unos tipos humanos de genial desmesura, factores todos que convierten al Buscón (nunca reconocido como suyo, ni siquiera mencionado, por Quevedo) en uno de los logros absolutos de nuestra lengua y nuestra literatura.

Esta obra clásica se publica aquí de acuerdo con el texto crítico más autorizado y con más de 1400 notas a pie de página que lo hacen fácilmente inteligible, pero sin entretenerse en pormenores inútiles. También al final, figura un estudio sobre el autor y la obra y otros materiales complementarios.

TÍTULO. El título recoge el sugerido por el epígrafe que encabeza el tercero de los libros en que se divide la obra: *Libro tercero y último de la primera parte de la vida del Buscón*. No obstante, el códice Bueno lleva el título de *Historia de la vida del Buscón, llamado don Pablos; ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños*; pero, dado que la portada en que aparece tiene letra del siglo XIX y que coincide con el que lleva la primera edición (Zaragoza, 1626), debe suponerse que se trata de una adición tardía al manuscrito original que reproduce la denominación de la edición príncipe. De cualquier manera, sólo hay coincidencias parciales entre los títulos que encabezan los manuscritos (*La vida del Buscón, llamado don Pablos* en C; *La vida del Buscavida, por otro nombre D. Pablos* en S), y ninguno de ellos, ni tampoco los de las ediciones, parece atribuible al autor.

La «Carta dedicatoria» que figura en los manuscritos S y C y el prologuillo «Al lector», incluido en la primera edición, tampoco parecen deberse a Quevedo.

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

En que cuenta quién es el Buscón

Yo, señora,^[1] soy de Segovia. Mi padre se llamó Clemente Pablo, natural del mismo pueblo, ¡Dios le tenga en el cielo! Fue, tal como todos dicen;^[2] de oficio barbero, aunque eran tan altos sus pensamientos, que se corría de que le llamasen así,^[3] diciendo que él era tundidor de mejillas y sastre de barbas.^[4] Dicen que era de muy buena cepa, y, según él bebía, es cosa para creer.

Estuvo casado con Aldonza de San Pedro, hija de Diego de San Juan y nieta de Andrés de San Cristóbal. Sospechábase en el pueblo que no era cristiana vieja,^[5] aun viéndola con canas y rota,^[6] aunque ella, por los nombres y sobrenombres de sus pasados, quiso esforzar que era decendiente de la gloria.^[7] Tuvo muy buen parecer, para letrado;^[8] mujer de amigas y cuadrilla, y de pocos enemigos, porque hasta los tres del alma aun no los tuvo por tales;^[9] persona de valor y conocida por quien era.^[10]

Padeció grandes trabajos recién casada,^[11] y aun después, porque malas lenguas daban en decir que mi padre metía el dos de bastos para sacar el as de oros.^[12] Probósele que a todos los que hacía la barba a navaja, mientras les daba con el agua, levantándoles la cara para el lavatorio, un mi hermanico de siete años les sacaba muy a su salvo los tuétanos de las faldriqueras.^[13] Murió el angélico de unos azotes que le dieron en la cárcel.^[14] Sintiólo mucho mi padre, por ser tal que robaba a todos las voluntades.^[15]

Por estas y otras niñerías estuvo preso,^[16] y rigores de justicia, de que hombre no se puede defender,^[17] le sacaron por las calles. En lo que toca de medio abajo, tratáronle aquellos señores regaladamente: iba a la brida,^[18] en bestia segura y de buen paso, con mesura y buen día.^[19] Mas, de medio arriba, ecétera; que no hay más que decir para quien sabe lo que hace un pintor de suela en unas costillas.^[20] Diéronle docientos escogidos,^[21] que de allí a seis años se le contaban por encima de la ropilla.^[22] Más se movía el que se los daba que él, cosa que pareció muy bien. Divirtióse algo con las alabanzas que iba oyendo de sus buenas carnes, que le estaba de perlas lo colorado.^[23]

Mi madre, ¿pues no tuvo calamidades? Un día, alabándomela una vieja que me crió, decía que era tal su agrado, que hechizaba a cuantos la trataban. Y decía, no sin sentimiento: —«En su tiempo, hijo, eran los virgos como soles: unos amanecidos y otros puestos, y los más en un día mismo amanecidos y puestos».^[24] Hubo fama que reedificaba doncellas, resuscitaba cabellos encubriendo canas, empuñaba piernas con pantorrillas postizas.^[25] Y con no tratarla nadie que se le cubriese pelo, solas las calvas se la cubría, porque hacía cabelleras,^[26] poblaba quijadas con dientes; al fin, vivía de adornar hombres y era remendona de cuerpos.^[27] Unos la llamaban zurcidora de gustos; otros, algebrista de voluntades desconcertadas; otros, juntona; cuál la llamaba enflautadora de miembros y cuál tejedora de carnes, y, por mal nombre, alcagüeta.^[28] Para unos era tercera, primera para otros y flux para los dineros de todos.^[29] Ver, pues, con la cara de risa que ella oía esto de todos era para dar mil gracias a Dios.

Hubo grandes diferencias entre mis padres sobre a quién había de imitar en el oficio, mas yo, que siempre tuve pensamientos de caballero desde chiquito, nunca me apliqué a uno ni a otro. Decíame mi padre: —«Hijo, esto de ser

ladrón no es arte mecánica, sino liberal».^[30] Y de allí a un rato, habiendo suspirado, decía: —«De manos.^[31] Quien no hurta en el mundo, no vive. ¿Por qué piensas que los alguaciles y jueces nos aborrecen tanto: unas veces nos destierran, otras nos azotan y otras nos cuelgan? No lo puedo decir sin lágrimas —lloraba como un niño el buen viejo, acordándose de las que le habían batanado las costillas—.^[32] porque no querrían que, donde están, hubiese otros ladrones sino ellos y sus ministros.^[33] Mas de todo nos libró la buena astucia. En mi mocedad, siempre andaba por las iglesias, y no de puro buen cristiano.^[34] Muchas veces me hubieran llorado en el asno, si hubiera cantado en el potro.^[35] Nunca confesé, sino cuando lo mandaba la Santa Madre Iglesia. Preso estuve por pedigüeño en caminos, y a pique de que me esteraran el tragar y de acabar todos mis negocios con dieciséis maravedís: diez de sogas y seis de cáñamo.^[36] Mas de todo me ha sacado el punto en boca, el chitón y los nones. Y con esto y mi oficio he sustentado a tu madre lo más honradamente que he podido».

—¿Cómo a mí sustentado? —dijo ella con grande cólera—. Yo os he sustentado a vos y sacádoos de las cárceles con industria y mantenídoos en ellas con dinero.^[37] Si no confesábades, ¿era por vuestro ánimo o por las bebidas que yo os daba? ¡Gracias a mis botes!^[38] Y si no temiera que me habían de oír en la calle, yo dijera lo de cuando entré por la chimenea y os saqué por el tejado.

Metílos en paz, diciendo que yo quería aprender virtud resueltamente y ir con mis buenos pensamientos adelante, y que para esto me pusiesen a la escuela, pues sin leer ni escribir no se podía hacer nada. Parecióles bien lo que decía, aunque lo gruñeron un rato entre los dos. Mi madre se entró adentro, y mi padre fue a rapar a uno —así lo dijo él—, no sé si la barba o la bolsa: lo más ordinario era uno y otro.^[39] Yo me quedé solo, dando gracias a Dios porque me hizo hijo de padres tan celosos de mi bien.

CAPÍTULO SEGUNDO

*De cómo fue a la escuela y lo que
en ella le sucedió*

Otro día,^[1] ya estaba comprada la cartilla y hablado el maestro.^[2] Fui, señora, a la escuela. Recibiómeme muy alegre, diciendo que tenía cara de hombre agudo y de buen entendimiento. Yo, con esto, por no desmentirle, di muy bien la lición aquella mañana. Sentábame el maestro junto a sí, ganaba la palmatoria los más días por venir antes y íbame el postrero por hacer algunos recados a la señora (que así llamábamos la mujer del maestro).^[3] Teníalos a todos con semejantes caricias obligados;^[4] favorecíanme demasiado, y con esto creció la envidia en los demás niños. Llegábame, de todos, a los hijos de caballeros y personas principales, y particularmente a un hijo de don Alonso Coronel de Zúñiga, con el cual juntaba meriendas.^[5] Íbame a su casa a jugar los días de fiesta y acompañábale cada día. Los otros, u que porque no les hablaba u que porque les parecía demasiado punto el mío,^[6] siempre andaban poniéndome nombres tocantes al oficio de mi padre. Unos me llamaban don Navaja, otros don Ventosa; cuál decía, por disculpar la invidia, que me quería mal porque mi madre le había chupado dos hermanitas pequeñas de noche;^[7] otro decía que a mi padre le habían llevado a su casa para que la limpiase de ratones (por llamarle gato); unos me decían «zape» cuando pasaba, y otros «miz».^[8] Cuál decía: —«Yo la tiré dos berenjenas a su madre cuando fue obispa».^[9]

Al fin, con todo cuanto andaban royéndome los zancajos, nunca me faltaron,^[10] gloria a Dios. Y aunque yo me corría,^[11] disimulaba. Todo lo sufría, hasta que un día un muchacho se atrevió a decirme a voces hijo de una puta y hechicera; lo cual, como me lo dijo tan claro (que aun, si lo dijera turbio, no me diera por entendido),^[12] agarré una pie-

dra y descalabréle. Fuime a mi madre corriendo que me escondiese; contéla el caso; díjome:

—Muy bien hiciste, bien muestras quién eres; sólo anduviste errado en no preguntarle quién se lo dijo.

Cuando yo oí esto, como siempre tuve altos pensamientos, volvíme a ella y roguéla me declarase si le podía desmentir con verdad:^[13] u que me dijese si me había concebido a escote entre muchos,^[14] u si era hijo de mi padre. Rióse y dijo:

—¡Ah, noramaza!,^[15] ¿eso sabes decir? No serás bobo: gracia tienes. Muy bien hiciste en quebrarle la cabeza, que esas cosas, aunque sean verdad, no se han de decir.

Yo, con esto, quedé como muerto, y dime por novillo de legítimo matrimonio,^[16] determinado de coger lo que pudiese en breves días y salirme de en casa de mi padre: tanto pudo conmigo la vergüenza. Disimulé; fue mi padre, curó al muchacho, apaciguólo y volvíme a la escuela, adonde el maestro me recibió con ira, hasta que, oyendo la causa de la riña, se le aplacó el enojo, considerando la razón que había tenido.

En todo esto, siempre me visitaba aquel hijo de don Alonso de Zúñiga, que se llamaba don Diego, porque me quería bien naturalmente.^[17] Que yo trocaba con él los peones si eran mejores los míos,^[18] dábale de lo que almorzaba y no le pedía de lo que él comía, comprábale estampas, enseñábale a luchar, jugaba con él al toro y entreteníale siempre. Así que, los más días, sus padres del caballero, viendo cuánto le regocijaba mi compañía, rogaban a los míos que me dejasen con él a comer y cenar, y aun a dormir los más días.

Sucedió, pues, uno de los primeros que hubo escuela por Navidad, que, viniendo por la calle un hombre que se llamaba Poncio de Aguirre, el cual tenía fama de confeso,^[19] que el don Dieguito me dijo:

—Hola, llámale Poncio Pilato y echa a correr.

Yo, por darle gusto a mi amigo, llaméle Poncio Pilato. Corrióse tanto el hombre, que dio a correr tras mí con un cuchillo desnudo para matarme, de suerte que fue forzoso meterme huyendo en casa de mi maestro, dando gritos. Entró el hombre tras mí, y defendióme el maestro de que no me matase, asegurándome de castigarme. Y así luego — aunque señora le rogó por mí, movida de lo que yo la servía, no aprovechó— mandóme desatacar,^[20] y azotándome, decía tras cada azote: —«¿Diréis más Poncio Pilato?». Yo respondía: —«No, señor»; y respondílo veinte veces, a otros tantos azotes que me dio. Quedé tan escarmentado de decir Poncio Pilato, y con tal miedo, que, mandándome el día siguiente decir, como solía, las oraciones a los otros, llegando al Credo —advierta V. Md. la inocente malicia—, al tiempo de decir «padeció so el poder de Poncio Pilato», acordándome que no había de decir más Pilatos, dije: «padeció so el poder de Poncio de Aguirre».^[21] Dióle al maestro tanta risa de oír mi simplicidad y de ver el miedo que le había tenido, que me abrazó y dio una firma en que me perdonaba de azotes las dos primeras veces que los mereciese.^[22] Con esto fui yo muy contento.

En estas niñeces pasé algún tiempo aprendiendo a leer y escribir.^[23] Llegó —por no enfadar— el de unas Carnestolendas, y, trazando el maestro de que se holgasen sus muchachos, ordenó que hubiese rey de gallos.^[24] Echamos suertes entre doce señalados por él, y cúpome a mí. Avisé a mis padres que me buscasen galas.

Llegó el día, y salí en uno como caballo, mejor dijera en un cofre vivo,^[25] que no anduvo en peores pasos Roberto del Diablo,^[26] según andaba. Él era rucio, y rodado el que iba encima, por lo que caía en todo.^[27] La edad no hay que tratar: biznietos tenía en tahonas.^[28] De su raza no sé más de que sospecho era de judío, según era medroso y desdichado.^[29]

Iban tras mí los demás niños todos aderezados.^[30] Pasamos por la plaza (aun de acordarme tengo miedo), y, llegando cerca de las mesas de las verduras (Dios nos libre), agarró mi caballo un repollo a una, y ni fue visto ni oído cuando lo despachó a las tripas, a las cuales, como iba rodando por el gznate, no llegó en mucho tiempo.^[31]

La bercera —que siempre son desvergonzadas— empezó a dar voces; llegaron otras y, con ellas, pícaros,^[32] y alzando zanorias garrofales, nabos frisonos, tronchos y otras legumbres, empiezan a dar tras el pobre rey.^[33] Yo, viendo que era batalla nabal,^[34] y que no se había de hacer a caballo, comencé a apearme; mas tal golpe me le dieron al caballo en la cara, que, yendo a empinarse, cayó conmigo en una —hablando con perdón—^[35] privada.^[36] Púseme cual V. Md. puede imaginar. Ya mis muchachos se habían armado de piedras y daban tras las revendederas, y descalabraron dos.

Yo, a todo esto, después que caí en la privada, era la persona más necesaria de la riña.^[37] Vino la justicia, comenzó a hacer información, prendió a berceras y muchachos, mirando a todos qué armas tenían y quitándoselas, porque habían sacado algunos dagas de las que traían por gala,^[38] y otras espadas pequeñas. Llegó a mí, y, viendo que no tenía ningunas, porque me las habían quitado y metíndolas en una casa a secar con la capa y sombrero, pidióme, como digo, las armas, al cual respondí, todo sucio, que, si no eran ofensivas contra las narices, que yo no tenía otras. Quiero confesar a V. Md. que, cuando me empezaron a tirar los tronchos, nabos, etc., que, como yo llevaba plumas en el sombrero, entendiendo que me habían tenido por mi madre y que la tiraban, como habían hecho otras veces, como necio y muchacho, empecé a decir: —«Hermanas, aunque llevo plumas, no soy Aldonza de San Pedro, mi madre», como si ellas no lo echaran de ver por el talle y rostro.^[39] El

miedo me disculpó la ignorancia, y el sucederme la desgracia tan de repente.

Pero, volviendo al alguacil, quísome llevar a la cárcel, y no me llevó porque no hallaba por dónde asirme: tal me había puesto del lodo. Unos se fueron por una parte y otros por otra, y yo me vine a mi casa desde la plaza, martirizando cuantas narices topaba en el camino. Entré en ella, conté a mis padres el suceso, y corriéronse tanto de verme de la manera que venía, que me quisieron maltratar. Yo echaba la culpa a las dos leguas de rocín esprimido que me dieron.

[40] Procuraba satisfacerlos, y, viendo que no bastaba, salíme de su casa y fuime a ver a mi amigo don Diego, al cual hallé en la suya descalabrado, y a sus padres resueltos por ello de no invarle más a la escuela. Allí tuve nuevas de cómo mi rocín, viéndose en aprieto, se esforzó a tirar dos coques, y, de puro flaco, se le desgajaron las dos piernas, y se quedó sembrado para otro año en el lodo, bien cerca de espirar.

Viéndome, pues, con una fiesta revuelta, un pueblo escandalizado, los padres corridos, mi amigo descalabrado y el caballo muerto, determinéme de no volver más a la escuela ni a casa de mis padres, sino de quedarme a servir a don Diego u, por mejor decir, en su compañía, y esto con gran gusto de los suyos, por el que daba mi amistad al niño. Escribí a mi casa que yo no había menester más ir a la escuela, porque, aunque no sabía bien escribir, para mi intento de ser caballero lo que se requería era escribir mal, [41] y que así, desde luego, [42] renunciaba la escuela por no darles gasto, y su casa para ahorrarlos de pesadumbre. Avisé de dónde y cómo quedaba, y que hasta que me diesen licencia no los vería.

CAPÍTULO TERCERO

De cómo fue a un pupilaje por criado de don Diego Coronel

Determinó, pues, don Alonso de poner a su hijo en pupillage,^[1] lo uno por apartarle de su regalo y lo otro por ahorrar de cuidado. Supo que había en Segovia un licenciado Cabra,^[2] que tenía por oficio el criar hijos de caballeros, y in-
vió allá el suyo, y a mí para que le acompañase y sirviese.

Entramos, primero domingo después de Cuaresma, en poder de la hambre viva,^[3] porque tal laceria no admite en-
carecimiento.^[4] Él era un clérigo cerbatana,^[5] largo sólo en el talle;^[6] una cabeza pequeña; los ojos, avecindados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos, tan hundidos y oscuros, que era buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes;^[7] la nariz, de cuerpo de santo, comido el pico,^[8] entre Roma y Francia,^[9] porque se le había comido de unas búas de resfriado,^[10] que aun no fueron de vicio por-
que cuestan dinero; las barbas, descoloridas de miedo de la boca vecina, que, de pura hambre, parecía que amenazaba a comérselas; los dientes, le faltaban no sé cuántos, y pienso que por holgazanes y vagamundos se los habían desterrado;^[11] el gaznate, largo como de avestruz, con una nuez tan salida, que parecía se iba a buscar de comer forzada de la necesidad; los brazos, secos; las manos, como un manojo de sarmientos cada una; mirado de medio abajo, parecía tenedor u compás, con dos piernas largas y flacas;^[12] su andar, muy espacioso:^[13] si se descomponía algo, le sonaban los güesos como tablillas de San Lázaro;^[14] la habla, ética;^[15] la barba, grande, que nunca se la cortaba por no gastar, y él decía que era tanto el asco que le daba ver la mano del barbero por su cara, que antes se dejaría matar que tal permitiese: cortábale los cabellos un muchacho de nosotros. Traía un bonete los días de sol, ratonado con mil gateras, y guarniciones de grasa;^[16] era de cosa que fue paño, con los fondos en caspa.^[17] La sotana, según decían algunos, era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero de

rana; otros decían que era ilusión: desde cerca parecía negra, y desde lejos entreazul.^[18] Llevábala sin ceñidor; no traía cuello ni puños.^[19] Parecía, con esto y los cabellos largos y la sotana y el bonetón, teatino lanudo.^[20] Cada zapato podía ser tumba de un filisteo.^[21] ¿Pues su aposento? Aun arañas no había en él. Conjuraba los ratones de miedo que no le royesen algunos mendrugos que guardaba. La cama tenía en el suelo, y dormía siempre de un lado por no gastar las sábanas. Al fin, él era archipobre y protomiseria.^[22]

A poder déste, pues, vine y en su poder estuve con don Diego, y la noche que llegamos nos señaló nuestro aposento y nos hizo una plática corta, que aun por no gastar tiempo no duró más.^[23] Díjonos lo que habíamos de hacer. Estuvimos ocupados en esto hasta la hora de comer. Fuimos allá. Comían los amos primero, y servíamos los criados.^[24]

El refitorio era un aposento como medio celemín.^[25] Sentábanse a una mesa hasta cinco caballeros. Yo miré lo primero por los gatos y, como no los vi, pregunté que cómo no los había a un criado antiguo, el cual, de flaco, estaba ya con la marca del pupilaje. Comenzó a enternecerse y dijo:

—¿Cómo gatos? ¿Pues quién os ha dicho a vos que los gatos son amigos de ayunos y penitencias? En lo gordo se os echa de ver que sois nuevo. ¿Qué tiene esto de refitorio de jerónimos para que se críen aquí?^[26]

Yo, con esto, me comencé a afligir, y más me susté cuando advertí que todos los que vivían en el pupilaje de antes estaban como leznas, con unas caras que parecía se afeitaban con diaquilón.^[27] Sentóse el licenciado Cabra y echó la bendición. Comieron una comida eterna, sin principio ni fin.^[28] Trujeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer una dellas peligrara Narciso más que en la fuente.^[29] Noté con la ansia que los macilentos

dedos se echaban a nado tras un garbanzo güérfano y solo que estaba en el suelo.^[30] Decía Cabra a cada sorbo:

—Cierto que no hay tal cosa como la olla,^[31] digan lo que dijeren; todo lo demás es vicio y gula.

Y, sacando la lengua, la paseaba por los bigotes, lamíéndoselos, con que dejaba la barba pavonada de caldo.^[32] Acabando de decirlo, echóse su escudilla a pechos, diciendo:

—Todo esto es salud y otro tanto ingenio.

«¡Mal ingenio te acabe!», decía yo entre mí,^[33] cuando vi un mozo medio espíritu y tan flaco, con un plato de carne en las manos, que parecía que, la había quitado de sí mismo. Venía un nabo aventurero a vueltas de la carne, apenas,^[34] y dijo el maestro en viéndole:

—¿Nabo hay? No hay perdiz para mí que se le iguale.^[35] Coman, que me huelgo de verlos comer.

Y, tomando el cuchillo por el cuerno,^[36] picóle con la punta y asomándole a las narices, trayéndole en procesión por la portada de la cara, meciendo la cabeza dos veces, dijo:

—Conforta realmente y son cordiales—, que era grande adulator de las legumbres.^[37]

Repartió a cada uno tan poco carnero,^[38] que, entre lo que se les pegó en las uñas y se les quedó entre los dientes, pienso que se consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de participantes.^[39] Cabra los miraba y decía:

—Coman, que mozos son y me huelgo de ver sus buenas ganas.

¡Mire V. Md. qué aliño para los que bostezaban de hambre! Acabaron de comer y quedaron unos mendrugos en la mesa y, en el plato, dos pellejos y unos güesos; y dijo el pupilero:

—Quede esto para los criados, que también han de comer. No lo queramos todo.